

Título de la ponencia: “La era de los extremos. El movimiento estudiantil universitario frente a los acontecimientos de 1965”

Nombre del autor: Dr. Juan Sebastián Califa

Correo electrónico: jscalifa@hotmail.com

Pertenencia institucional: UBA-CONICET (sede Instituto Ravignani, FFYL-UBA)

Mesa N° 5: “Política, Estado y Sociedad en la historia reciente argentina: radicalización política y protesta social”

Coordinadores: Mauricio Chama, María Cristina Tortti y Mora González Canosa

Resumen

Durante el año 1965 se desarrollaron, bajo un contexto nacional convulsionado, una serie de conflictos que pusieron al movimiento estudiantil en el centro de la escena pública. Entre éstos se destacaron las movilizaciones contra el envío de tropas a Santo Domingo por parte del gobierno argentino. Este proceso de efervescencia política constituye un antecedente histórico inmediato de la intervención universitaria de 1966 que el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía, tras derrocar a la administración constitucional de Arturo Illia, llevó adelante. En ese sentido, analizar lo sucedido en este año permite entender mejor el contexto de intervención universitaria que decretó el final de un período universitario conocido corrientemente como “época de oro”.

El énfasis en este trabajo estará puesto en lo acaecido en la Universidad de Buenos Aires (UBA), la institución más grande del país y la de mayor presencia en la escena pública. Peculiarmente, se analizará lo sucedido con su movimiento estudiantil. Para este propósito se apelará a fuentes como diarios, revistas y diversos materiales producidos por estas agrupaciones juveniles así como a una variada literatura sobre la cuestión.

1. Introducción

Tras el golpe de Estado de 1955 tuvo lugar una modernización universitaria sin precedentes. Esta renovación de estructuras se cristalizó en los nuevos estatutos que las

universidades nacionales sancionaron a fines de 1958. Si bien en los últimos años se ha puesto en entredicho el mote generalizador de “época de oro de la universidad argentina” con que se conoció el período que abarca desde los años 1959 y 1966, al señalar que en realidad el proceso se restringió sobre manera a la UBA y dentro de esta institución a una minoritaria cantidad de unidades académicas, resulta conveniente mantener la caracterización del mismo como inédito.¹ Al fin y al cabo, las disciplinas científicas cobraron importancia y el profesorado ligado a este proceso ganó una trascendencia desconocida. La demostración más clara de ello en la UBA fue la elección de Risieri Frondizi como rector, cargo que ocupó entre los años 1958 y 1962. Su gestión modernizó las estructuras pedagógicas, científicas y organizativas de la Universidad, las cuales debían ligarse a un desarrollo del país que lo pusiera en la senda de la industrialización junto a las naciones más avanzadas del globo.

La militancia estudiantil acompañó este proceso. Como declararíamos años más tarde Frondizi, su participación resultó decisiva para poder llevar adelante los cambios referidos.² El reformismo, la corriente estudiantil que reconocía sus orígenes en la Reforma Universitaria de 1918 y el proceso de democratización que este acontecimiento de enorme impacto en Latinoamérica generó, dominante en el movimiento estudiantil, se puso a la cabeza de este proceso de transformación. Sin embargo, con el paso del tiempo, los cuestionamientos hacia los resultados no deseados de este proceso se sobreimpusieron en sus filas sobre los apoyos a este proceso de renovación. Un ejemplo claro de ello lo otorga su crítica a las fundaciones extranjeras que subsidiaban la investigación científica en la Universidad. Si por un lado estos estudiantes no dejarían de apoyar en términos genérico tal investigación, no estaban de acuerdo con que la misma estuviera financiada por organismos que tenían intereses que ellos juzgaban reñidos con las necesidades populares. Asimismo, el causante de esta creciente injerencia de las fundaciones estadounidenses era el escaso presupuesto estatal que las casas de altos estudios recibían. En definitiva este contexto, que combinaba decisiones

¹ Véase *Historia de las Universidades Argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, p. 178.

² “Se contaba tan sólo con un factor positivo: la voluntad inquebrantable de un número grande de estudiantes, y uno más reducido de profesores, de modernizar la institución. Los estudiantes no tenían ideas muy claras de lo que se debía y podía hacer, pero compensaban esta deficiencia con pasión renovadora, buena fe y deseo de colaborar. Sin ellos no se habría podido realizar la reforma, pues las nuevas ideas carecían de eco favorable en la mayoría de los profesores. Por otra parte, sin el apoyo estudiantil todo habría quedado en una reforma académica de nombres y etiquetas.” En Risieri Frondizi: *La Universidad en un mundo de tensiones. Misión de las universidades en América latina*, Paidós, Buenos Aires, 1971, p. 30.

internas de las universidades con condiciones que venían de afuera, fue resquebrajando el bloque universitario que se impuso en la elección del rector de 1957 y 1958. Esta situación se expresó con nitidez en la elección de un nuevo rector a fines de 1958, Julio Olivera, ligado al humanismo, una corriente universitaria de raíz cristiana que competía con los laicos reformistas. Estos últimos en ese proceso de radicalización se habían ido separando primero en una corriente que se reconocía con las tradiciones de izquierda y endilgaba a sus adversarios reformistas de ser “gorilas”. Más tarde, las escisiones alcanzarían también a los primeros (los comunistas ganarían centralidad entre éstos aunque también encontrarían férreos críticos en las minorías adherentes al socialismo en plena descomposición partidaria, el trotskismo y el nacionalismo de izquierda). Una muestra de su pérdida de centralidad lo otorgarían las elecciones de consejeros superiores de fines de 1961, cuando el reformismo de izquierda pierda la mayoría de la representación estudiantil en el máximo órgano de gobierno universitario de manos de los humanistas. Un año más tarde este rumbo errático del reformismo lo confirmaría la prácticamente desaparición de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) de la escena pública tras perder numerosas afiliaciones de centros estudiantiles que le daban vida.

Sin embargo, el reformismo estudiantil se recuperaría en los próximos años. Por un lado, los sectores connotados como de derecha dejarían de recibir este mote despectivo (el caso paradigmático lo constituye el Centro de Estudiantes de Ingeniería “La Línea Recta” que tras una renovación generacional de sus autoridades reformistas dejó de ser apodado como “gorila” por sus contrincantes en el reformismo quienes ahora lo reconocieron en buena medida como “compañeros”). Por otro, los sectores de izquierda, a pesar de que mantenían sus discrepancias, lograría a mediados de los sesentas arrebatarse las conducciones de los centros y de la delegación mayoritaria en el Consejo Superior al humanismo sumergido en un proceso de confrontación que reproducía en su interior las divisorias entre izquierda y derecha que más tempranamente había registrado el reformismo (el Concilio Vaticano II iniciado en Roma durante 1962 que promovió cierta renovación en el mundo católico era el marco en que tuvieron lugar estas transformaciones). En ese contexto, algunos se permitieron hablar de que las diferencias entre reformismo y humanismo ya no constituían líneas de demarcación efectivas dentro del movimiento estudiantil. Aunque no comparto este diagnóstico, ya que el reformismo siguió constituyendo una relevante identidad

estudiantil, en sí este tipo de referencias del período advierte sobre los cambios que lo atravesaron. En las páginas que siguen me detendré en las luchas políticas acaecidas en 1965, atendiendo a lo sucedido en la UBA, la cual dará cuenta de dicha radicalización estudiantil.

2. La era de los extremos

A principios de marzo de 1965 presentó su renuncia el rector de la UBA. La misma estaba motivada en una conferencia truncada que el economista Walt Rostow, miembro del ala dura del gobierno estadounidense que promovía la guerra de Vietnam, debía brindar en la Facultad de Ciencias Económicas. Las agrupaciones locales reformistas ligadas a los comunistas y a quienes se habían ido separando del antiguo Partido Socialista la impidieron provocando incidentes. Desde poco antes era *vox populi* que esos hechos iban a ocurrir y por eso mismo el rector había desistido de asistir al evento. En su alegato sostendría que el decanato de esa casa no tomó las medidas de seguridad por él planteadas y que así posibilitó indirectamente dichos incidentes.³

Sería, no obstante, muy superficial considerar que la renuncia de Olivera respondió en sí mismo a ese hecho. En realidad, este acontecimiento había expresado la corrosión de un liderazgo institucional que tras un poco más de dos años en el cargo nunca se había llegado a consolidar, erosionándose enormemente en el último tiempo. De acuerdo a una agrupación de Ciencias Económicas, ausente en el repudio a Rostow, Renovación Reformista, Olivera era tanto “cómplice” como “víctima” de su política.⁴ “Que la Universidad sea Universidad, y nada más ni nada menos que Universidad”⁵, como éste pregonaba, era algo sumamente difícil de lograr en un contexto donde pululaba tanta disparidad de opiniones en torno a la definición del objeto de dicha

³ “Ratificación y Formalización de la Renuncia del Doctor Olivera”, en *Boletín de Informaciones de la UBA*, año VIII, n° 65, Buenos Aires, marzo de 1965, pp. 6-8, p. 7. Una noticia recogida con posterioridad por una revista sostendría que cuando ocurrió lo de Rostow Olivera pidió protección policial para el invitado, el pedido no fue compartido por el decano de Económicas y el gobierno finalmente no envió a la policía. “La Universidad en crisis”, *Confirmado*, año 1, n° 13, Buenos Aires, 30 de julio de 1965, pp. 36-39.

⁴ Volante “Análisis de una renuncia”, marzo de 1965. (Archivo Personal de Lucila Edelman)

⁵ Conferencia de prensa, recogida por *La Nación*, 31-1-64.

institución. Un episodio ocurrido a mediados del año pasado en la Facultad de Filosofía y Letras había develado las tensiones públicas que de aquí en más debieron afrontar las autoridades de la UBA más allá de las luchas presupuestarias. Un considerable revuelo invadió la gran prensa cuando desde el centro estudiantil de la casa se organizó en la facultad un “Funeral Cívico” para:

[...] recordar a los fusilados el 9 de junio de 1956 por la reacción gorila y proimperialista en los basurales de José León Suárez; a Felipe Vallese, mártir del proletariado argentino, asesinado por la policía del régimen y a los jóvenes guerrilleros argentinos ultimados por la gendarmería y el ejército entre los cuales se encontraban algunos de los compañeros de esta Facultad.⁶

El mitin, en el que los estudiantes destacaron el heroísmo y la honestidad revolucionaria de sus compañeros del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) caídos en Salta ese año, aunque al mismo tiempo tomaron distancia de la estrategia foquista armada que según ellos los alejaba de las masas, fue duramente condenado por la gran prensa. Pese a ello, y a las críticas a las que se sumaron los profesores de Derecho, José Luis Romero, el decano de Filosofía y Letras, siguió reclamando a viva voz por la integridad de los estudiantes detenidos en esa provincia. Desde entonces el “extremismo”, término peyorativo con que preocupadamente se hacía referencia desde buena parte del arco político a los belicosos estudiantes, motorizó definitivamente las polémicas que tuvieron por centro la Universidad. A mediados de la década de 1960 ya se estaba ingresando en un nuevo tiempo: “la era de los extremos”.

En lo que siguió de marzo de 1965 fue designado el nuevo rector. En principio, muchos intuían probable que el reformismo recuperase el rectorado ya que contaba,

⁶ Volante sin título, CEFYL, 12 de junio de 1964 (Archivo Personal de Lucila Edelman). Gabriel Rot en su estudio sobre esta organización muestra que la misma, de acuerdo a una recomendación del Che Guevara, su mentor, se preocupaba por incorporar fracturas del PC y sobre todo de la FJC. Seis estudiantes de la UBA participarían de esta experiencia, en la que también estaban involucrados universitarios cordobeses de modo directo (de los porteños cuatro pertenecían a la Facultad de Filosofía y Letras, uno haría logística sin subir al monte, otro a Ingeniería y un sexto a Medicina que también formaba parte de las redes de apoyo desde los centros urbanos; tres de los cuatros que estuvieron en el monte salteño morirían en él). En *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el ejército guerrillero del pueblo*, Waldhuter, Buenos Aires, 2010, p. 197 y ss.

según cálculos apresurados, con mayoría de delegados.⁷ Esta aritmética electoral, sin embargo, resultaría errónea. Efectivamente, la elección demostró lo errado de esos cálculos al coronar como nuevo rector de la UBA al vicerrector humanista, el Ingeniero Hilario Fernández Long, tras una reñida votación que debió repetirse siete veces y reunir en tres oportunidades a la Asamblea Universitaria. Éste se alzó con la victoria al obtener 75 votos frente a los 72 que sumó el decano de Ciencias Exactas y Naturales Rolando García, el representante más cabal de la modernización universitaria encarada durante este período. En relación al arco estudiantil resultó significativo que agrupaciones como Línea de Izquierda Mayoritaria (LIM) de Filosofía y Letras o frentes como Unidad Programática Estudiantil (UPE) de Farmacia y Bioquímica desistieron de votar por cualquiera de los dos, haciéndose eco en el caso de García de las acusaciones ligadas a su papel de gestor de los subsidios extranjeros. Las promesas de éste de fijar más atención al tema de los subsidios, de la que se hizo eco el reformismo, no convencieron a las agrupaciones referidas que contaban con los votos necesarios para sellar su victoria.⁸

La UBA no dejaría de ser una federación de facultades donde cada casa de estudios funcionaba con ritmos propios y contaba con ciertas cuotas de poder que le eran exclusivas –en algunos casos como Derecho, dada su ubicación política en la sociedad, era notorio su mayor poderío sobre el resto. En ese marco, el nuevo rector trató de componer un equilibrio de fuerzas que exigía cada vez mayores esfuerzos. A grandes rasgos, dio continuidad al programa académico heredado. Sin embargo, esta labor se vio ensombrecida por las intensas luchas políticas que afloraron bajo su gestión. Los

⁷ Según *Primera Plana* los reformistas reunían 90 de los 168 delegados que conformaban la Asamblea Universitaria, quienes se encontraban eufóricos ante la posibilidad abierta. “Cómo llenar un vacío”, año III, n° 123, Buenos Aires, 16 de marzo de 1965, p. 28.

⁸ Agrupaciones estudiantiles disímiles se habían hecho eco de esta promesa de campaña al otorgarle su voto de confianza a Rolando García. Las escasas fuerzas del trotskismo nacional de Ramos habían así compartido su credo con los comunistas, por lo demás visceralmente enfrentados a su política, ya que el “[...] MUR votó a García porque García se comprometió públicamente a suprimir los subsidios, y los condenó por experiencia propia!” En Folletín “Habla MUR”, 1965, p. 8. (Archivo Personal de Lucila Edelman, subrayado del original) Es de destacar que a causa de la presión estudiantil los subsidios a las fundaciones extranjeras, como indican algunos testimonios, habrían mermado su peso en la UBA para dirigirse a centros de estudios privados. Un estudio reciente constata el declive de subsidios de la Fundación Ford a partir de 1963 en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. María Elina Estébanez: “La modernización en Exactas: los subsidios de la Fundación Ford durante los años sesenta. La mirada externa sobre el proceso”, en Carlos Prego y Oscar Vallejos (comps.): *La construcción de la ciencia académica. Instituciones, procesos y actores en la universidad argentina del siglo XX*, Biblos, Buenos Aires, 2010, pp. 253-268, p. 261.

radicalizados estudiantes fueron una vez más quienes trajeron a colación temas que colocarían a la Universidad en el centro del debate político nacional.

En mayo de 1965 estalló el conflicto por Santo Domingo. En esa ciudad caribeña, capital de la República Dominicana, una revolución suscitada en el mes de abril enfrentó en una guerra civil por el control del país a sectores militares y civiles armados partidarios del derrocado presidente constitucional Juan Bosch, acusado entonces de “filocastrista”, con sus golpistas de dos años antes en las filas del ejército local. El conflicto adquirió una dimensión mayor cuando Estados Unidos, temeroso por el rumbo socialista procubanista que podía tomar la política de los insurgentes, intervino militarmente en la isla. La potencia del norte convertiría la invasión en una mediación armada sostenida por una fuerza virtualmente panamericana, bajo el mando de un general brasileño, auspiciada por la Organización de Estados Americanos (OEA). Desde el principio de la ocupación estadounidense, el gobierno argentino recibió presiones de este país para ser parte de tal fuerza. Las Fuerzas Armadas se mostraron proclives a ello, aumentado así la coacción sobre el Ejecutivo donde convivían sectores favorables al envío de tropas, liderados por el canciller Miguel Ángel Zavala Ortiz que a principios de mayo avaló la creación de una “Fuerza Interamericana de Paz”, con otros contrarios, bando donde algunos presumían que se ubicaba el propio presidente.⁹ En realidad, el primer mandatario se mostraría vacilante desde el principio frente a qué decisión tomar. Esta situación volvía a expresar las contradicciones enraizadas en este gobierno que ya había demostrado, como se vio, frente a la sanción del nuevo presupuesto universitario. Sin embargo, en las actuales circunstancias el escaso poder de arbitrio del gobierno había disminuido aún más tras los comicios legislativos de marzo de 1965. En éstos el partido oficial, pese a hacer su mejor elección en diez años, había resignado el primer lugar frente a la Unión Popular y sus camaradas de los neoperonismos provinciales que habían obtenido, en una elección también histórica para ellos, más de un tercio de los sufragios emitidos.¹⁰

⁹ “La Argentina ya no pudo dejar de tomar posición frente a la situación y su canciller expresó, el 30 de abril, que ‘muchas veces los que aparecen en una actitud no muy simpática son los que han tenido que reaccionar ante una actitud de oculta provocación’. No deja lugar a dudas sobre la justificación que hacía de la intervención yanqui en la isla caribeña.” En Antonio Emilio Castello: *La democracia inestable 1962-1966*, tomo II, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1986, p. 189.

¹⁰ “El gobierno había permitido la participación plena de los peronistas en la elección de titulares para 99 bancas en la Cámara de Diputados. La Unión Popular seguía siendo el vehículo principal del peronismo, pero los partidos neoperonistas de las provincias también presentaron sus candidatos. Bajo un nuevo

Del Congreso Nacional tan dividido, órgano que debía aprobar el envío de dichas fuerzas, surgieron voces mayoritarias contrarias a esa posibilidad. Las mismas exhortaron, con argumentos nacionalistas, el respeto al histórico principio argentino de neutralidad frente a este tipo de episodios. En ese contexto, las fuerzas de izquierda se movilizaron para obligar al gobierno a que planteara su clara negativa al envío de fuerzas emitiendo una firme condena a la invasión. El Partido Comunista, que aportó buena parte de los movilizadores y organizó en buena medida, como se verá, a los universitarios para marchar en contra de la posible medida, creía que el hecho dejaba traslucir el “poder paralelo”, esto es, el aparato represivo y militar instrumentado por el imperialismo y la oligarquía local para someter al presidente. En ese sentido, las movilizaciones debían mostrar un respaldo a su gestión en tanto ésta se decidiera a rechazar las presiones castrenses y estadounidenses. Otras izquierdas, menos concesivas, enrostraron más agudamente al Ejecutivo su “alianza con el imperialismo”. Más allá de las divergencias, todo el arco político de izquierda y centro se encontró alerta durante el mes de mayo frente a los titubeos del oficialismo.¹¹

En la UBA la repercusión del conflicto fue inmediata. Ya el 30 de abril de 1965 el Consejo Superior había emitido una declaración repudiando la invasión. La misma bregaba para que el gobierno asumiese una posición contundente en defensa del principio de autodeterminación de los pueblos.¹² Rápidamente, los radicalizados universitarios se pusieron al frente de las movilizaciones al respecto. El día 5 de mayo se registraron fuertes enfrentamientos entre los estudiantes porteños y la policía a causa del impedimento de las fuerzas del orden a éstos de realizar un acto en la explanada del

sistema de representación proporcional directa, la UP ganó 36 bancas con el 31 % de los sufragios. Los partidos neoperonistas añadieron 8 bancas con el 7 % del total del caudal peronista. La UCRP salió detrás con el 30 % y 34 bancas, aunque el partido de Illia siguió manteniendo su pluralidad en la Cámara. Un nuevo partido encabezado por Frondizi obtuvo el 7 % de los votos y el resto de los partidos no subió del 5 %.” De acuerdo a Joseph Page: *Perón. Una biografía. Segunda parte (1952-1974)*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 164.

¹¹ Lo siguiente da cuenta de los desacuerdos en la literatura dedicada al tema sobre la posición de Illia al respecto: “Según Lanús y Castello, el presidente Illia y el canciller Zavala Ortiz firmaron un pedido de autorización al Congreso para el envío de tropas a Santo Domingo, pero al poco tiempo Illia decidió retirarlo del Senado. En cambio, Sánchez y Verone sostienen que, aunque el canciller Zavala Ortiz presionó a Illia para que enviara el decreto del envío de tropas, el presidente nunca llegó a firmarlo.” En Carlos Escudé y Andrés Cisneros (dir.): *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Tomo XIII: *Las relaciones políticas, 1943-1966*, 2000 [en línea: <http://www.ucema.edu.ar/ceieg/arg-rree/13/13-040.htm>].

¹² “Resoluciones del Consejo Superior ante la Situación Dominicana”, en *Boletín de Informaciones de la UBA*, año VIII, n° 53, Buenos Aires, mayo de 1965, pp. 14-16, p. 14.

Congreso.¹³ Los incidentes llegaron hasta el rectorado de la UBA donde la policía lanzó gases para amedrentar a los estudiantes que allí se refugiaron. Horas antes de ese acto que tales universitarios buscaron replicar tuvo lugar en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales con el auspicio del decano, uno de los oradores de la jornada. Los organizadores, pertenecientes a la Comisión Intercentros porteña y a la Federación Universitaria Argentina (FUA), exigieron que el gobierno repudie la “intervención yanqui” a la isla reconociendo así el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Además, se declararon en estado de alerta y anunciaron que en caso de que el Ejecutivo envíe tropas los centros estudiantiles iniciarían automáticamente una huelga que paralizaría la Universidad.

Al día siguiente se repitieron las manifestaciones, esta vez sin incidentes tras la autorización oficial. La jornada estuvo atravesada por una profusa actividad militante tanto en las facultades porteñas como en otras casas de altos estudios del país. La misma fue protagonizada en Buenos Aires por humanistas, reformistas y toda la clase de tendencias que se ubicaban a la izquierda del arco político. A pesar de que las diferencias entre estas corrientes saldrían a la luz a lo largo del conflicto, la unidad en la acción primaria –en esos días el humanismo de Medicina decidiría retornar al centro presidido por los reformistas del que se había retirado hace cuatro años.¹⁴ Todas las tendencias movilizadas coincidían en confluir en un acto con la CGT la semana próxima.¹⁵ El 7 de mayo el Consejo Superior de la UBA emitió una nueva declaración condenando la invasión –otras universidades seguirían sus pasos– que fue resistida por parte del profesorado.¹⁶ En sus resoluciones instaba al rector a conformar una comisión para que se reuniera con el presidente y los legisladores trasmitiéndoles sus inquietudes. Las jornadas siguientes trascurrieron en un clima de gran tensión y crítica expectante en relación a la decisión final del gobierno, aún teñido por la ambivalencia. Desde

¹³ El día a día del conflicto se reconstruye a partir de *La Nación* y *La Prensa*. Según este último periódico dicha manifestación estudiantil cubría tres cuadras.

¹⁴ Por ejemplo, en un comunicado la Liga Humanista local hablaba de los “nefastos imperialismos de Oriente y Occidente. *La Nación*, 7-5-65. Diversos documentos reformistas de la época dan cuenta de cierta indefinición en el seno del humanismo en relación a Santo Domingo. En general el repudio a la invasión surgía en bloque pero a la hora de movilizarse aparecían divergencias dentro de la Liga Humanista que tenían una traducción territorial en cada facultad.

¹⁵ Según la revista *Confirmado* el líder cegetista Vador aportó un millón y medio de pesos para pagar volantes y carteles de la FUA y la Liga Humanista. La crisis desatada le servía para retomar la iniciativa contra el gobierno. “La otra cara. Estudiantes y obreros en una nueva batalla común”, año 1, nº 3, Buenos Aires, 21 de mayo de 1965, p. 16.

¹⁶ “Resoluciones del Consejo Superior ante la Situación Dominicana”, en *Boletín de Informaciones de la UBA*, año VIII, nº 53, Buenos Aires, mayo de 1965, pp. 14-16. Al cotejar las actas del Consejo Superior de ese período surge como figura sobresaliente de esa oposición Risolía, el decano de Derecho.

entonces, la “subversión extremista” ó “penetración comunista” se transformó en un tema corriente entre las páginas de la gran prensa en todo el país.

El 12 de mayo de 1965 tuvo lugar frente al Congreso el acto conjunto entre la CGT y los estudiantes movilizados. Los lemas con el que fue convocado afirmaban: “Apoyo a la autodeterminación de los pueblos”, “Ningún soldado argentino a Santo Domingo”, “Retiro inmediato de las tropas yanquis de Santo Domingo” y “Modificación inmediata de la política exterior del gobierno”. Todas las fuentes cotejadas dan cuenta de una gran concurrencia motorizada por los jóvenes universitarios, reformistas más que humanistas, entre los que sobresalían los comunistas. Los oradores estudiantiles reclamaron una actitud más firme del gobierno en repudio a la invasión. Pero el acto se vio interrumpido por incidentes que comenzaron cuando el dirigente obrero comunista Rubén Iscaro ocupó el escenario. En ese momento una columna muy bien organizada, que *La Nación* identificaba como tacuaristas y algunos entrevistados corrigen como miembros de la Guardia Restauradora Nacionalista, atacó el acto.¹⁷ Los jóvenes comunistas respondieron con una organización análoga preparada para un ataque del que ya tenían conocimiento –sabían además de la connivencia policial con los agresores. Así, previamente habían discutido con la dirigencia de su partido qué hacer frente al mismo.¹⁸ La dirección del PC había desestimado la propuesta de los jóvenes de concurrir al acto con una gran cantidad de armas para evitar la masacre entre sus filas, ya que ello podía provocar, argumentaban, un baño de sangre de enorme magnitud. Este hecho a su vez podría convertirse en la excusa para dar un golpe de Estado contra Illia al que el partido indeseadamente, con enorme desprestigio popular, quedaría “pegado”. En su lugar, por lo tanto, autorizaría una tenencia mínima de revólveres, serían utilizados de ser necesario en el anillo de seguridad que protegía a Iscaro, y una gran cantidad de manifestantes que utilizarían palos disimulados por los carteles que sostenían en su punta. Los diarios repasados dan cuenta de una enorme gresca que duró hasta la madrugada la que se extendió primero a las calles aledañas y más tarde a la Plaza de la República, ubicada a más de diez cuadras de donde se inició la batalla, en la

¹⁷ En *La Prensa* se daría cuenta que Tacuara se deslindaba de tales acusaciones, 15-5-1965. Al respecto véase asimismo de Daniel Gutman: *Tacuara historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Ediciones B, Buenos Aires, 2003, p. 256 y ss. De acuerdo a *Confirmado*, entre los agresores se encuentran miembros del Movimiento Nueva Argentina, la Guardia Restauradora Nacionalista y Tacuara (grupo Collins). También los fuistas denunciaban que había miembros de la SIDE y de la Policía Federal. En “La otra cara. Estudiantes y obreros en una nueva batalla común”, año 1, nº 3, Buenos Aires, 21 de mayo de 1965, p. 16.

¹⁸ Puedo dar cuenta plenamente de la verosimilitud de lo expuesto aunque prefiero resguardar la identidad de quien me lo hizo conocer con ese nivel de detalle.

que también intervino la policía. Entre la veintena de heridos un estudiante comunista de Medicina, Horacio Daniel Grimbank, cayó muerto por las balas de los atacantes quienes dos días más tarde debieron velar a uno de los suyos.¹⁹

El hecho mereció el repudio de todo el arco político; mientras algunos hablaban de la violencia en general otros especificaban, como la UBA en un comunicado, que se había tratado de un “atentado criminal” contra los estudiantes. Al día siguiente de los incidentes los diputados de todos los bloques, a excepción de la Federación de Partidos de Centro, un conglomerado de partidos de derecha, se solidarizaron con el pueblo dominicano y reiteraron que cualquier decisión debía pasar por el Parlamento. En la jornada posterior, desde el Ejecutivo se señaló, persistiendo en su ambivalencia, que sea cual sea la decisión ésta pasaría por el Congreso. Finalmente, el gobierno terminó por desestimar el envío de tropas. Según Robert Potash: “[...] nunca desde octubre de 1963 existieron tantos rumores sobre un golpe inminente.”²⁰ Esta tardía decisión presidencial produjo un enorme malestar con las Fuerzas Armadas.

En los próximos meses otros sucesos volvieron a colocar en el centro del debate político nacional la cuestión del “extremismo universitario”. La Asociación Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres (ACIEL) que reunía las más importantes cámaras empresarias emitió a mediados de junio de 1965 una solicitada en la que hacía saber que la indisciplina reinaba en las universidades. El comunicado preconizaba la eliminación del régimen tripartito de representación, en fuerte alusión al peso de los estudiantes en él, del gobierno en la Universidad. Esta declaración mereció la respuesta del Consejo Superior de la UBA. El decano García de Ciencias Exactas y Naturales planteó en sesión que los “ataques” tenían por objeto “arrasar con la Universidad Nacional”.²¹ La solicitada, publicada en momentos en que volvía a tensarse la lucha por el presupuesto universitario, debe ubicarse en una campaña generalizada contra el “comunismo apátrida” que impulsaba “actividades antiargentinas”. Así, en los

¹⁹ Según Esteban Orlandini este último era el soldado Héctor Lorenzo Gatica, a quien también describe como obrero del Frigorífico Lisandro de la Torre y militante de la Juventud Peronista. De acuerdo a su versión, la riña se inició cuando los militantes de dicha juventud se cruzaron con los comunistas. El texto no brinda detalles acerca de por qué éstos ingresaron cuando la plaza estaba ocupada y el acto de los estudiantes y de la CGT se encontraba en marcha y no antes, junto a ellos, como ameritaría un mitin conjunto. En *Tacuara... Hasta que la muerte nos separe de la lucha. Historia del Movimiento Nacionalista Tacuara 1957-1972*, Centro Editor Argentino, Buenos Aires, 2008.

²⁰ En *El Ejército y la Política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994, p. 215.

²¹ *Actas Taquigráficas de la sesión celebrada por el Honorable Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires*, 24-6-65, p. 22 (7.995).

diarios eran habituales grandes solicitadas con esos motivos. Desde sus promotores se observaba con enorme preocupación el clima de contestación estudiantil. En las universidades aparecían voces que advertían sobre el menoscabo de la autonomía universitaria que se buscaba con aquéllas. Llegado el caso, se sabía, los impulsores de la campaña opositora tratarían de concretar la intervención de las casas de estudios.

A mediados de agosto de 1965 fue asesinado en un confuso episodio el estudiante de Antropología Hernán Spangenberg. El crimen, aunque se carecía de pruebas fehacientes sobre sus motivaciones y sus autores permanecían en las sombras, brindaría una nueva oportunidad para insistir con dichas críticas. Tras protagonizar una fuerte discusión política en la facultad con militantes de izquierda, algo que era habitual en Spangenberg como representante de una tendencia de signo político adverso, se dirigiría a la localidad de La Florida, contigua a la capital, junto a su novia a visitar un profesor. Una vez allí, sería asesinado en la calle frente a su pareja, en un episodio lleno de dudas que incluía la eficaz huida de los asesinos. De inmediato, se tejerían toda clase de elucubraciones que tenían por objeto vincular a la Universidad, y particularmente a la Facultad de Filosofía y Letras, con un clima de “subversión” que fomentaba. El móvil del crimen de Spangenberg se intentaría vincular subrepticamente, sin ninguna prueba concreta, a sus opositores juveniles en esa casa de estudios. Según este discurso acusatorio el asesinato estaba relacionado con el accionar del EGP desbaratado en Salta el año pasado. Los militantes atacados, por su parte, asistirían sorprendidos al hecho, deslindándose enfáticamente de cualquier responsabilidad en el asunto.²²

La cuestión de la “amenaza comunista” era agitada desde diversos sectores de la seguridad pública y la burguesía, alentados por la embajada estadounidense. Se sostenían que había infiltración en los gremios, algunas áreas del Estado y hasta una parte del empresariado nacional aunque probablemente hayan sido las casas de altos

²² Varias versiones circularían al respecto. El Movimiento Nacionalista Tacuara rápidamente en conferencia de prensa asumiría a Spangenberg como un enlace propio en esa facultad que, según su relato, constituía un escollo para los comunistas. La organización en cuestión declararía además que su muerte estaba vinculada a la guerrilla de Salta. Otros testimonios, de los que se hacía mayoritariamente eco *La Nación*, desmentirían su pertenencia a dicha agrupación, aunque ratificarían la vinculación con lo sucedido en Salta, agregando que los guerrilleros habían robado piezas arqueológicas en poder de la Facultad de Filosofía y Letras para financiar su actividad, cosa que habría sido detectada por el asesinato. Entre los estudiantes de izquierda, por su parte, circulaba el rumor de que Spangenberg era un “servicio” (un agente de inteligencia estatal). Éstos intuían que su presencia en la casa de estudios podría estar en sintonía con lo ocurrido en el monte salteño, aunque no había claridad sobre el móvil de su asesinato (en voz baja algunos sostenían que se trataba de una interna en esa fuerza). De esta investigación, que recuérdese no es ni periodística ni judicial, no surgen pruebas concretas de nada. Agréguese que el caso ni siquiera es mencionado en el citado trabajo de Rot sobre el EGP.

estudios el blanco predilecto de estas críticas. La propaganda adversa alcanzó su cenit con la interpelación de Diputados a los ministros del Interior y de Educación y Justicia acerca de la “penetración comunista en la Universidad” efectuada el 20 de agosto de 1965 –los críticos estudiantiles no dejarían de recordar el papel que le cupo al diputado conservador Emilio Jofré integrante de la Federación de Partidos de Centro. En una nota previa el último ministro le había solicitado información al rector acerca de lo que ocurría en la UBA. Fernández Long en respuesta sostendría: “[...] es necesario tener sumo cuidado de que, por la vía de querer suprimir o corregir actos condenables, no se llegue, por pasos sucesivos, a lesionar esa libertad [...]”.²³ Días más tarde, por resolución del Consejo Superior, el rector brindó una conferencia en la que relató la obra positiva desarrollada en la casa a la vez que defendió la misma como una institución democrática que contemplaba la participación estudiantil.²⁴ Otras voces similares se levantaron en la comunidad universitaria, aunque los sectores opositores liderados por las autoridades de la Facultad de Derecho abonaron la idea de “infiltración comunista”. A mediados de octubre de 1965 un comunicado elaborado por el rectorado al que se adhirió el Consejo Superior explicaba:

El rectorado de la Universidad de Buenos Aires considera indispensable advertir a la opinión pública que el ataque a la Universidad, al que ya nos hemos referido en varias oportunidades, continúa desarrollándose. Este ataque se manifiesta, por ejemplo, en el pedido de intervención a la Universidad propuesto por un sector político; otros sectores propugnan, a su vez, la modificación de la Ley Universitaria.²⁵

Dentro del bloque que defendía públicamente la autonomía universitaria también las tensiones alcanzarían su punto máximo. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, apodada “la cueva de los bolcheviques”, un incidente a mediados de ese mes de octubre de 1965 volvió a poner a toda la UBA en el ojo de la tormenta. Un grupo de estudiantes

²³ *La Nación*, 21-8-65.

²⁴ “La Universidad, entronque positivo con la vida del país”, en *Boletín de Informaciones de la UBA*, año VIII, n° 57, Buenos Aires, octubre de 1965, pp. 19-23.

²⁵ “Nuevos ataques a la Universidad”, en *Boletín de Informaciones de la UBA*, año VIII, n° 58, Buenos Aires, noviembre de 1965, pp. 1-2. La Federación Nacional de Partidos de Centro propiciaba en la Cámara Baja un nuevo proyecto de ley universitaria en cuyo articulado se hablaba de autarquía en vez de autonomía, se restringía la participación estudiantil y se planteaba el apoliticismo en la Universidad. *La Nación*, 5-11-65.

desde la azotea de la Facultad atacó con monedazos a los generales y sus subordinados que realizaban un homenaje a Julio Argentino Roca en su céntrico monumento, acto en el que se encontraba presente el presidente. “Los estudiantes adelantaban su opinión sobre la revolución que se gestaba. Los que recibieron la lluvia de monedas quedaron con la sangre en el ojo”, comentaría más adelante un allegado a los militares.²⁶ Por el episodio, que colocó nuevamente en la picota la cuestión de la autonomía y de la “extraterritorialidad que permitía”, la Universidad presentó sus sentidas excusas a Illia. Otras situaciones de tensión con las autoridades se habían ya vivido en esta Facultad. Así, un Congreso Internacional sobre el Sol pactado para 1965 fue levantado a causa del “clima poco propicio” que auguraban las agrupaciones reformistas ante la presencia de representantes estadounidenses.²⁷ Pese a ello, el decano había sabido mantener la unidad con el estudiantado reformista. En cambio, en Filosofía y Letras el clima de creciente contestación que se vivía erosionó de tal modo la relación con las autoridades que el decano Romero, uno de los adalides de la modernización universitaria, terminó por renunciar, tras un amago rechazado por el consejo directivo, a comienzos de noviembre de 1965 alegando su incapacidad física y moral para permanecer en el cargo.²⁸

3. Conclusiones

La sucesión de acontecimientos políticos tensos desarrollados durante 1965 en la UBA a los que hacen referencias las fuentes relevadas dan cuenta de un proceso vertebrado en una radicalización estudiantil en ascenso constante hacia la izquierda del arco político. “La penetración marxista” y otros términos similares a los que en estas páginas se hizo alusión expresaban la conciencia que desde el extremo opuesto al que se ubicaban los jóvenes universitarios se tenía de su activismo. Como se observa, la radicalización de los estudiantes era producto de un contexto de enérgicos enfrentamientos sociales en medio de los que todas las posiciones del arco político se radicalizaban.

²⁶ En Roberto Roth: *Los años de Onganía. Relato de un testigo*, Ediciones La Campana, Buenos Aires, 1980, p. 181.

²⁷ Volante “Yankis Go Home” firmado por el MUR. (Archivo Personal de Lucila Edelman)

²⁸ Según el periódico de los universitarios comunistas un memorial firmado por Onganía entre otros generales le pedía a Illia la intervención de esta Facultad. Sergio Rodríguez: “Tomemos conciencia del peligro. En defensa de la universidad y por el presupuesto: unidad y lucha”, en *Línea*, año 4, n° 5, Buenos Aires, octubre de 1965, p. 5. (Archivo Personal de Lucila Edelman)

En ese marco, las universidades nacionales comenzaron a ser objeto de duras críticas que pedían su intervención. En el caso abordado de la UBA estas presiones por dar por tierra con la autonomía universitaria y especialmente con la participación estudiantil en su gobierno cobraron cada vez más fuerza. Un año después, luego del derrocamiento del presidente Illia, estas exigencias de intervención se harían realidad. Tras la “noche de los bastones largos” cientos de profesores serían expulsados, los decanos y el rector serían reemplazados por interventores y los centros estudiantiles entrarían en la ilegalidad al ser proscripta la actividad política. Oscar Terán ha señalado la centralidad del golpe en cuestión para explicar “las invasiones de la política” posteriores; en su caso de estudio, la que aconteció específicamente sobre el campo intelectual.²⁹ Según su argumento, si bien la trayectoria previa al mismo resultaba relevante y se encadena sin duda con lo que aconteció luego, era insuficiente para explicar dicho fenómeno que decisivamente el “bloqueo tradicionalista”, que trajo aparejado el golpe de 1966, terminó de colorear. No sería correcto hacer historia contrafáctica no sólo porque excluir un hecho tan fundamental de la historia argentina para ver lo que hubiera pasado sin su presencia requiere de un ejercicio de imaginación sumamente osado, sino, más aún, porque ya se tiene demasiado con lo que efectivamente ocurrió a la hora de explicarlo como para meterse con lo que podría haber sido pero no fue... Sin embargo, no se debiera perder de vista que el golpe de 1966, además de introducir cambios nuevos que resultaron determinantes *a posteriori*, constituyó una respuesta en sí a un proceso previo de creciente contestación social. Dentro de éste, los jóvenes universitarios habían merecido una atención destacada por parte de las Fuerzas Armadas, ya que desde su óptica como así también desde la mirada de las principales cámaras empresariales y otros agrupamientos políticos la nación se encontraba amenazada. Por ello, es que en estas páginas se buscó mostrar la continuidad de un proceso de contestación social por sobre sus diferencias. Al fin y al cabo, la era de los extremos se había iniciado antes de dicho golpe, que no haría otra cosa que confirmarla y acelerarla.

²⁹ En *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Puntosur, Buenos Aires, 1991, capítulo 8 “El bloqueo tradicionalista”, pp. 163-188.